



LOS BÚFALOS DE BROKEN HEART

DAN O'BRIEN

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ



errata naturae

A mi madre, Inez O'Brien Senn,
que puede que no siempre me entendiera,
pero nunca dejó de apoyarme.

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2016
TÍTULO ORIGINAL: *Buffalo for the Broken Heart:
Restoring Life to a Black Hills Ranch*

© Dan O'Brien, 2001, 2002.
By arrangement with the author. All rights reserved
© de la traducción, Miguel Ros González, 2016
© Errata naturae editores, 2016
C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-07-3
DEPÓSITO LEGAL: M-39553-2015
CÓDIGO BIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Signature Exposures Photography by Shannon Bileski

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*La historia de cualquier tierra comienza en la naturaleza,
y todas las historias han de concluir en la naturaleza.*

J. Frank Dobie

Éste es el lugar más hermoso del mundo.

Desert Solitaire, Edward Abbey

CAPÍTULO 1

He oído que, a veces, cuando la gente de la ciudad tiene una semana dura en el trabajo —cuando parece que su puesto corre peligro o han tomado una decisión que amenaza con arruinar sus vidas—, deambula por las calles. He oído que algunos se tiran toda la tarde en el cine, viendo la misma película una y otra vez; que caminan por los parques o se quedan en los muelles, mirando fijamente los barcos que zarpan mar adentro. El cine que me queda más a mano está a cuarenta millas¹ de distancia, y el océano está mil ochocientas millas al este. Pero estoy rodeado de un millón de acres de campo, y cuando mi mundo parece estar desmoronándose, me subo a mi camioneta y conduzco.

Intentar ganarse la vida como rancharo de las Grandes Llanuras implica muchas horas al volante, y un día de septiembre de hace doce años, a última hora de la tarde, mi trabajo me llevó a una recóndita carretera sin asfaltar, junto a la frontera sur del Parque Nacional Badlands. Estaba pensando en el plazo de la hipoteca que vencía en octubre, y en la reciente e inexplicable caída del precio del ganado que reduciría mis ingresos a la mitad. Iba más rápido de la

¹Una milla equivale a algo más de kilómetro y medio. (Todas las notas son del traductor).

cuenta, y cuando llegué a lo alto de una cuesta polvorienta estuve a punto de estrellarme contra un enorme búfalo.

Estaba tumbado plácidamente al sol, en el centro del camino de tierra, como un gato de dos mil libras². Salvo por una ballena que atisbé en una ocasión, aquél era el ser vivo más grande que había visto en mi vida. Cuando el coche se detuvo por completo ya estaba demasiado cerca, y mientras trajinaba nervioso para meter la marcha atrás, el búfalo levantó la cabeza y me miró fijamente. Estaba tan cerca que podía ver el parachoques de mi camioneta reflejado en sus ojos negros y redondos, bajo los mechones de pelo oscuro y rizado. La cabeza tenía el tamaño de un lavavajillas.

Logré meter la marcha atrás pero, como el invitado a la boda atrapado por la visión del Viejo Marinero en el poema de Coleridge, me quedé helado. Pasamos un minuto mirándonos fijamente, y durante ese tiempo todas mis preocupaciones económicas se empequeñecieron ante esa imponente dosis de realidad tumbada en la carretera. Me fijé en una de sus pestañas, largas y expresivas, mientras espantaba una mariposa amarilla. Sin ninguna prisa agachó la cabeza, y luego las patas se movieron bajo el gigantesco animal. La cola corta, como un pincel, batió el polvo, y el búfalo se balanceó una, dos veces, hasta incorporarse. Luego se sacudió, como si de un perro se tratase, levantando una nube de polvo de Dakota del Sur que se desvaneció con la brisa fresca de última hora de la

² Una libra equivale a algo menos de medio kilo.

tarde. Entonces levantó lentamente la pezuña negra y diminuta de su pata trasera izquierda, estiró la cabeza hacia un lado y, como si la pezuña fuese una zapatilla de ballet, se rascó el cuello bajo la perilla larga y lanuda. Me miró una última vez antes de apartarse de la carretera y perderse en una hondonada cercana.

En aquel momento sentí que ese búfalo era una señal profunda, pero como el atareado urbanita atraído por los barcos rumbo al océano, negué con la cabeza, incapaz de encontrar el vínculo entre ese viejo búfalo cubierto de polvo y yo. Metí primera y volví a sumirme, de inmediato, en las complejidades de la vida. Mi preocupación residía en intentar ganarme el pan viviendo en el impredecible clima meteorológico y económico de estas llanuras septentrionales que estoy condenado a amar.

En las Grandes Llanuras, la cuestión de ganarse el pan suele acabar relacionada de algún modo con la agricultura, y la agricultura significa, por lo general, pastoreo de ganado. El problema es que el pastoreo no está sujeto a las prácticas comerciales generalizadas. Por ejemplo: aproximadamente una vez al año, mi vecino y yo solíamos viajar al sur para hacer negocio con el ganado. Comprábamos varias crías de vaca e intentábamos cebarlas para luego volver a venderlas, o nos hacíamos con varias hembras adultas a punto de dar a luz para ganar dinero con los terneros. Como todo el mundo, procurábamos comprar cuando los precios estaban bajos y vender cuando estaban altos, además de cuidar bien de nuestro ganado, lo que convertiría nuestros gastos en beneficios. Sin embargo, los

planes casi nunca funcionaban, y nos resignamos a aceptar que las iniciativas capitalistas de las Grandes Llanuras se rigen por sus propias reglas. Tras un tiempo, cuando tomamos la decisión de intentarlo siguiendo dichos patrones, mi vecino suspiró y dijo: «Espero, por la cuenta que me trae, que cubramos las pérdidas con este negocio. Necesito el dinero».

A mediados de los ochenta el coste de la gasolina, los tipos de interés y el precio del ganado se dispararon. La economía volaba por una autopista color de rosa hasta que, sin motivo aparente, el precio del ganado se congeló de golpe, y luego empezó a caer. Todo el que tenía una vaca se estrelló contra el parabrisas de esa economía con exceso de velocidad, y el resultado fueron daños a la tierra, a nuestros sueños y a nuestra autoestima. El dinero que, estábamos convencidos, ganaríamos con las vacas —dinero que iba a cubrir los plazos de la hipoteca— se esfumó. Parafraseando un chiste popular: ¿Qué es lo último que intenta poner a salvo un cowboy cuando se estrella contra el parabrisas de una economía con exceso de velocidad? Su culo.

En algunos sentidos, yo tuve más suerte que la mayoría. Al gozar de buena salud y una educación que me permitía ganarme la vida con los libros, no tuve que conformarme con un trabajo en una gasolinera o un bar. La pega es que no hay trabajos para la gente como yo en las Grandes Llanuras, así que tuve que dejar el rancho en manos de un vecino mientras yo «cuadraba las cuentas» como biólogo de especies en peligro de extinción o profesor de Lengua

y Literatura en la Costa Oeste y Colorado. Detestaba la idea de abandonar el rancho, porque para entonces, a los treinta y nueve años, ya me había hecho adicto a observar los ciclos de la vida en esa pequeña parcela de pradera. Pero aunque hubiera deseado marcharme de allí, soy un hijo de la clase media del Medio Oeste americano y crecí con sus valores, y por lo tanto pensaba que simplemente tenía que encontrar la forma de pagar los plazos de las tierras. Nunca se me pasó por la cabeza decirle al banco que se metiera la hipoteca por donde le cupiese y, siguiendo los pasos de los refugiados de las tormentas de polvo de los años treinta, marcharme a California para «cuadrar las cuentas» durante el resto de mi vida.

Dejar la hipoteca me habría resultado difícil, pero dejar las tierras me resultaba imposible. Desde que en los años cincuenta viajase con mi familia al Oeste, apretujado entre dos hermanos en el asiento trasero de un Chevrolet del 55 que tiraba de una caravana plegable, había soñado con vivir a los pies de las Colinas Negras. Mientras descendíamos serpenteando desde la pequeña y hoy turística ciudad de Deadwood, y ante nosotros una pradera de mil millas se desplegaba hacia el norte hasta llegar a Canadá, miré a mi madre y le dije: «Ahí, justo ahí, donde la tierra empieza a estar llana y los árboles desaparecen. Ahí es donde quiero vivir».

Era un paisaje tan distinto a las fábricas de neumáticos, los bosques de hoja caduca y las granjas de tierra negra del noroeste de Ohio, donde pasé mi niñez, que mi madre se echó a reír. Se asomó por el respaldo del asiento y me

dio una palmadita en el hombro. «No seas tonto», dijo, «no es más que un enorme montón de tierra vacía», comentario condescendiente que, desde entonces, he oído en boca de forasteros miles de veces.

Mi primera visión de las Grandes Llanuras septentrionales era el sueño romántico de un chiquillo, con cowboys, caballos y espléndidas puestas de sol. Pero siempre se quedó conmigo. Ahora, no importa dónde esté, puedo cerrar los ojos y contemplar esa vista desde la cara norte de las Colinas Negras: la hierba meciéndose con el viento hasta el infinito y un cielo que ocupa medio mundo. Es la visión que ha marcado el rumbo de mi vida.

Me ha llevado mucho tiempo adaptarme a la realidad de la vida en las Grandes Llanuras, aunque no debería haber sido así. Veinte años después de apropiarme aquella primera visión, me hice cargo de un pequeño rancho al norte de las Colinas Negras, y antes incluso de firmar los documentos por los que me comprometía a iniciar el pago de los plazos de las tierras, era bien consciente de que el propietario anterior se había colgado en el granero.

No conozco el motivo exacto del suicidio, pero puedo imaginármelo. Lo que yo contraí fue un préstamo de la Agencia de Servicios Ganaderos avalado por el gobierno, que estaba en manos del hijo del muerto. Nunca había pagado una cuota, pero reparó unas cuantas vallas e intentó remodelar la casa. El edificio principal había sido un granero durante una generación, y estoy convencido de que el hombre soñaba con convertirlo en la sede central de una vida estable en estas tierras. Su sueño sólo llegó

hasta los marcos baratos de las ventanas y la moqueta, antes de que su matrimonio se fuese al traste. Él y su esposa duraron un par de años allí, luego ella firmó los papeles del divorcio y a él le entró una sed terrible.

En cuanto a mí, contaba con muy poco dinero para el adelanto y casi nada de experiencia como ranchero, pero tenía un buen crédito y el gobierno, a su vez, tenía problemas con el préstamo, así que pusieron gustosos un nuevo nombre en la factura: una nueva oportunidad para que los contribuyentes de Estados Unidos no acabaran haciéndose cargo de todo el préstamo, que la Agencia de Servicios Ganaderos planeaba ejecutar para satisfacer mil setecientos cincuenta dólares en concepto de manutención para el hijo del divorciado. Encontré el establo lleno de botellas de vino vacías. También encontré latas de Budweiser a orillas de los siete embalses que regaban el lugar, a veces esparcidas a la buena de Dios, otras amontonadas, incluso apiladas, como un monumento creado por alguien sumido en la reflexión. Llevé tres camionetas enteras de latas y botellas al vertedero durante mi primera semana como propietario del rancho de Broken Heart, el rancho del corazón roto.

El nombre deriva de mi hierro para marcar ganado, la serie exclusiva de letras, números o símbolos con que, según las leyes del estado, sólo yo puedo quemar la piel de mi ganado. El caso es que mi hierro está formado por un 3 vago y una V. Un 3 vago, para quien no lo sepa, es un 3 tumbado boca abajo; al colocarlo justo sobre una V, dejando un poco de espacio entre ellos, la marca se convierte,